This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

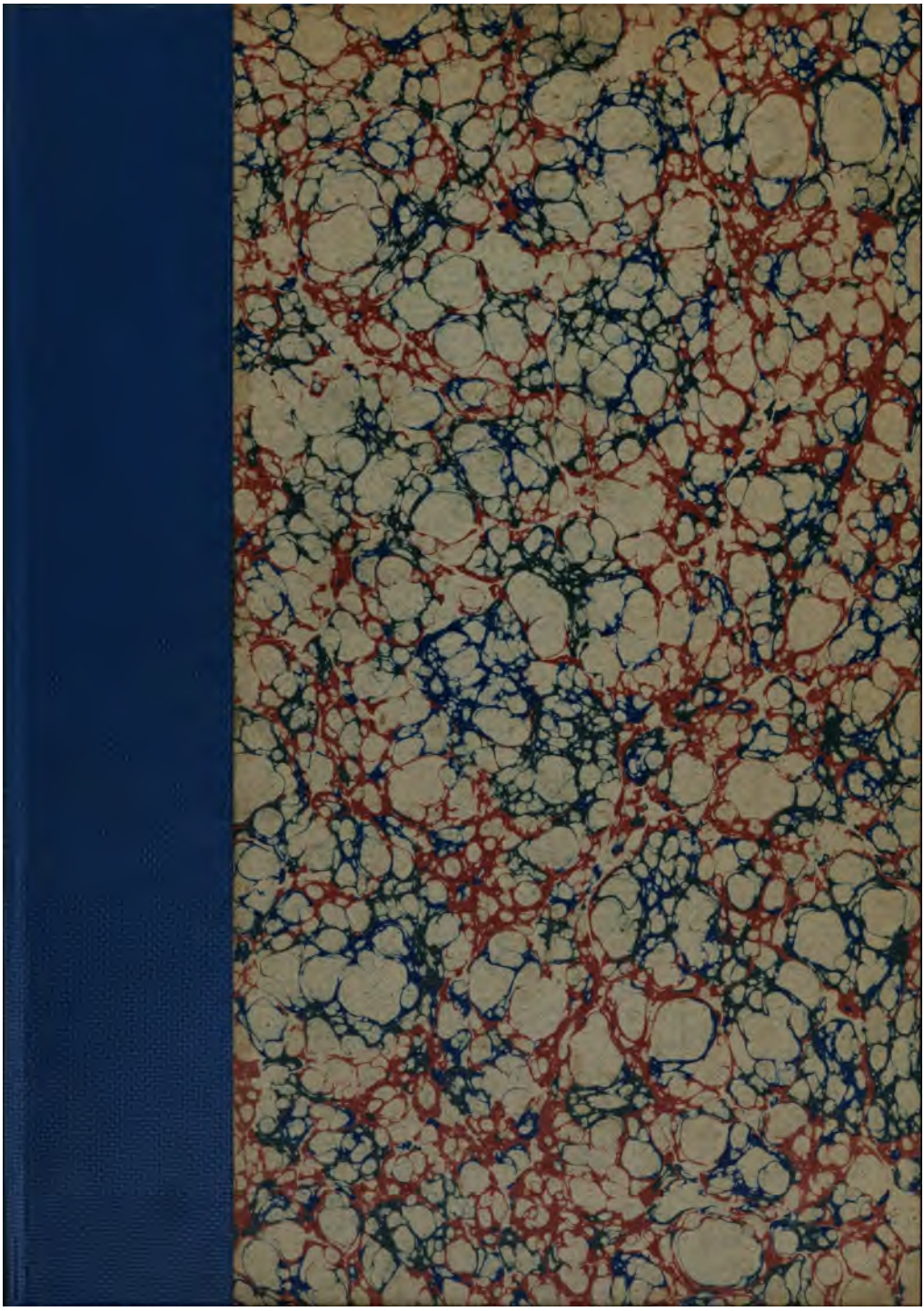
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

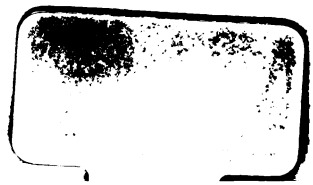
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Vet. Span. III B. 145



EL NOVICIO.

Vet. Span. III. F. 145

EL NOVICIO,

ZARZUELA EN UN ACTO,

LETRA DE

DON ANTONIO M. ECHEVERRIA.

MUSICA DE

DON LUIS MARTIN Y CAMPOS.

Representada por primera vez, la noche del 6 de Setiembre de 1864, en el teatro de la Zarzuela de Madrid.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA	Sra. Hueto.
PLÁCIDO	Sr. Caltañazor.
LEONI	Sr. Landa.
LAVILLA	Sr. Gimenez.
FABIO	Sr. Rochel.
UN OFICIAL... / DISCÍPULO 1.°. / IDEM 2.°	Coro.
MODELO 1.°... / IDEM 2.°	Comparsas.

Discípulos de Leoni y soldados.

La accion pasa en Nápoles.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Estudio de Leoni. Cuadros, estátuas, maniquís, instrumentos bélicos, caballetes y otros objetos correspondientes al ejercicio de la pintura. Puerta en el fondo, con tapiz: otra á la derecha, en primer término, que es la de entrada: ventanas laterales: mesa dispuesta para comer, cerca del proscenio: una tarima en el centro del teatro con un trofeo de armas y un capacete godo, colocado convenientemente en él. Reló de la época y algun candelabro. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

MUSICA.

FABIO, otros DISCÍPULOS de Leoni y los MODELOS. Aparecen estos sobre la tarima con arreos militares, á la antigua, y sosteniendo inmóviles varias posiciones, á fin de representar los varios accidentes de una riña suscitada por el juego. Vése uno que, rodilla en tierra y próximo á una caja de guerra, ostenta en la mano el cubilete, como si se dispusiera á echar los dados: otro empuña la espada para acometer á un compañero que le amenaza con una botella. Los Discípulos copian el cuadro sobre los caballetes ó sobre las carteras: alguno muele colores ó limpia la paleta: Fabio, que habrá estado preparando la mesa durante el ritornelo, se adelanta hácia el proscenio al empezar la voz del coro, y algunos compañeros le rodean.

FABIO y CORO. Al arte de Apeles,
al genio de Urbino

rindamos tributo
de eterno loor:
gloriosos laureles
nos brinda el destino;
ganemos el nombre
de insigne pintor.

—

En lontananza
miro brillar
dicha inefable,
triunfo inmortal.
Siga el trabajo,
no desmayar:
premios y lauros
nuestros serán.

—

Al arte de Apeles, etc.

(Concluido el canto, se disponen á continuar sus tareas los que las habian interrumpido.)

HABLADO.

FABIO. (Á los Modelos.) ¿Estais cansados, muchachos?

MOD. 1.° Yo tengo ya el brazo entumido.

MOD. 2.° Digo... ¿Pues y yo? No hay cosa que tanto me pese como una botella vacia.

FABIO. Pues ea, quitaos esos arreos, y á la calle. Asi como asi, parece que el maestro no piensa en venir á comer. (Los Modelos se quitan los arreos, los colocan sobre el trofeo y se van.)

DISC. 1.° ¡Mucho tarda!

FABIO. ¡Si mientras viene pudieramos descubrir cierto cuadro misterioso que está ahora pintando!...

DISC. 1.° Será el retrato de alguna nueva amada. (Varios Discípulos escudriñan el estudio y la habitacion del foro.)

FABIO. No lo extrañaria, porque el maestro con la misma facilidad se descarta de un amor que da salida á un cuadro.

DISC. 1.° ¡Ya parará cuando se case!

FABIO. ¿Casarse él? ¡Qué locura! Odia toda clase de yugo, y

para gozar de mayor independencia, ya lo veis, hasta vive solo, sin un criado siquiera. Y si no fuese porque Paolo viene todos los dias á cuidarle el caballo, y yo le traigo la comida de la hosteria de España...

DISC. 1.° ¡Tú eres el discípulo de su confianza!

FABIO. Si; pero esta vez no se ha confiado de mí.

DISC. 2.° (Saliendo por el fondo con un cuadro.) ¡Aqui está!

TODOS. Veamos, veamos. (Fabio coloca el cuadro sobre un caballete, y los demas se agolpan frente de la pintura.)

FABIO. ¡Qué mujer tan hermosa!

DISC. 1.° ¡Divina!

ESCENA II.

LEONI, que entra por la derecha, dejando el sombrero sobre una silla. DICHOS.

LEONI. (Para sí.) ¡Nada... la he perdido! (Reparando en los Discípulos.) ¡Hola!

FABIO. ¡Y cómo se conoce la mano del maestro!.:. ¡Qué expresion! ¡Qué colorido!

LEONI. ¡Bravo, señores curiosos! (Los Discípulos se apartan respetuosamente.) ¿Es este el modo que teneis de estudiar?

FABIO. ¿Cómo mejor que admirando obras maestras? Y daria cualquiera cosa por tener á mi disposicion otro modelo como el que os ha servido para pintar esa hermosa cabeza.

LEONI. (Con amargura.) ¡Ay! Ese modelo ha dejado de existir para mí!

FABIO. ¡Diantre!

LEONI. Pero ahora que recuerdo... quizá vosotros pudierais averiguarme...

FABIO. Mandad. (Los Discípulos se aproximan.)

LEONI. Hará como tres meses, que, paseando á caballo por el camino de Caserta, me aproximé á una casa de campo, y allí descubrí ese tesoro, custodiado por una señora anciana, tia suya. La ví y la adoré.

DISC. 1.° ¡Como á todas!

FABIO. ¿Á la vieja?

LEONI. ¡Bah! Desde entonces, todas las mañanas corria en su busca; y cuando lograba verla, que siempre fué en la ventana ó en la iglesia de un convento inmediato, mis

ojos se extasiaban contemplando aquel rostro hechicero.

FABIO. ¿No hablasteis con ella jamás?

LEONI. Varias veces le he dirigido la palabra y algun apasionado billete; pero nunca se dignó contestarme.

FABIO. ¡Qué descortesia!

LEONI. Y hoy... hoy que iba resuelto á ofrecerle mi mano de esposo...

FABIO. ¡Ave Maria purísima! (Asombrado.)

LEONI. Ofrecer no es cumplir...

FABIO. Cierto. ¿Y bien?...

LEONI. He sabido, al llegar, que tia y sobrina partieron anoche.

FABIO. ¿Para dónde?

LEONI. Lo ignoro.

FABIO. Si está en Nápoles, no tardaremos en averiguar su esdite.

LEONI. Confio en vuestra eficacia.

FABIO. Descuidad.

LEONI. ¡Cómo se ha burlado de mí!...

FABIO. Sin duda ama á otro...

LEONI. ¿Un rival?... ¡Oh! si. ¡Y esa idea me irrita, me exaspera!... Necesito vengarme, saciar mi cólera en alguno...

FABIO. Nada mas fácil, puesto que teneis un duelo pendiente con el marqués de Fianconi.

LEONI. Es verdad: le debo una estocada y muy pronto quedará satisfecho. Estas deudas son las únicas que yo pago.

ESCENA III.

PLÁCIDO, que aparece en el dintel de la puerta con hábito y echada la capucha. DICHOS.

PLÁCIDO. (Con humildad.) El Señor sea en esta casa.

LEONI. Él nos dé que dar, hermanito.

FABIO. Á otra puerta, que aqui no hay lo que busca. (Tocándose en los bolsillos.)

PLÁCIDO. No vengo á pedir.

LEONI. (Con ironia.) ¡Vendrá á dar!

PLÁCIDO. Pudiera venir á traer...

FABIO. ¿De veras? Eso es otra cosa... Adelante.

PLÁCIDO. (Adelantándose.) ¿No es esta la morada del reveren... di-

go, del célebre pintor Scipion Leoni?

LEONI. Esta es, y yo el pintor, para serviros.

PLÁCIDO. Para servir á Dios, sea. (Se sienta.) Perdone si me tomo esta libertad, pero vengo rendido.

LEONI. ¿Tanto habeis caminado?

PLÁCIDO. Cerca de tres cuartos de legua, en poco mas de cuatro horas.

LEONI. ¡Traereis buena mula!

PLÁCIDO. No señor: he venido á pié.

LEONI. ¿Pues cómo asi, padre?

PLÁCIDO. Padre... no, pues aun no he tenido la dicha de profesar.

FABIO. ¡Miren qué dicha!

PLÁCIDO. ¡La mayor!

FABIO. ¡Buen provecho!

LEONI. ¿Y cómo es su gracia?

PLÁCIDO. (Levantándose con humildad.) Plácido Síngala, indigno novicio en el próximo convento de San Servando, para servir á Dios y á vuesas mercedes.

LEONI. ¡Síngala! Ilustre familia y de gran influencia.

PLÁCIDO. Favor vuestro; mas sin duda opina asi la comunidad, cuando á pesar de mi humilde posicion, me da algunos encargos y me permite venir frecuentemente á Nápoles.

LEONI. ¡Vamos... Entonces!...

PLÁCIDO. Pues no crean que me gusta salir del convento...

LEONI. Es extraño...

PLÁCIDO. Y eso que allí no faltan mortificaciones.

LEONI. ¿Si, eh?

PLÁCIDO. Ni quehaceres...

MUSICA.

No hay un momento
desocupado
para los padres
ni para mí.
Tengo las horas
tan repartidas,
que entretenidas
las paso asi:

diez en el lecho,
seis en el coro,
ocho comiendo
ó en el jardin,
Siempre bajando,
siempre subiendo,
tal es la vida
que paso allí,

—

LEONI. ¡Que su vida es penosa (Burla.)
cómo dudarlo!...
CORO. Pobrecitos los frailes
de San Servando.
LEONI. No extraño ya,
que vivan sus cien años
y algunos mas.
CORO y LEONI. ¡Já, já, já, já. (Rien.)
Já, já, já; já!
PLÁCIDO. Y no cuento los ayunos,
disciplinas y oracion,
y el gestillo avinagrado
del señor padre prior;
del maestro de novicios,
algun que otro coscorron,
y las horas de rodillas
por descuidos de leccion.

—

LEONI. ¡Pobre muchacho!
¡Qué compasion!
CORO. Parten sus cuitas
el corazon...
PLÁCIDO. Mas no me falta
compensacion.

—

Yo hago de mimbres
cestos preciosos,
ó á la pelota
suelo jugar,
ó cien barquitos
con banderolas
en el estanque
lanzo á flotar.

Ya al cocinero,
en un descuido,
le birlo un pollo
con precaucion;
ó en la dispensa,
entrando á saco,
paso á cuchillo
un pastelon.

CORO. ¡Pobre muchacho!
¡Qué compasion!

PLÁCIDO. Con esta vida
que paso allá,
yo no conozco
la enemistad.

LEONI y CORO. Si mucho dura
tan rudo afan,
el pobrecito
no va á medrar.

(Los Discípulos recogen sus útiles, dejando la escena convenientemente desembarazada.)

HABLADO.

LEONI. (Á Plácido.) Volviendo al objeto de vuestra visita, creo haberos oido decir que traiais...

PLÁCIDO. Dinero.

LEONI. (Alargando la mano.) Venga pues.

PLACIDO. Calma, hermanito. Se trata de un cuadro que necesita con urgencia nuestro convento y...

LEONI. ¡Ah! ¿Venis á encargarme un cuadro, y con urgencia?... Viaje perdido... Tengo mucho que hacer. (¡Qué embajada! precisamente cuando necesito todo el tiempo para buscar á Teresa...) (Le vuelve la espalda.)

PLÁCIDO. (Siguiéndole.) Considere, hermano Leoni, que la comunidad está consentida. (Con asombro, reparando en el cuadro.) ¡Teresa!...

LEONI. ¡Eh! (¡La conoce!)

PLÁCIDO. ¡Pobrecita! ¿Qué habrá sido de ella?... (Á Leoni.) ¿La ha visto?

LEONI. ¿Á quién?

PLÁCIDO. ¿Sabe si está en Nápoles todavia?

LEONI. ¿Yo?... (Ha venido á Nápoles.) No comprendo lo que me preguntais.

PLÁCIDO. ¿Pero ese cuadro?...

LEONI. Es un estudio que no he podido concluir por falta de modelo.

PLÁCIDO. ¡Es el retrato fiel de una jóven llamada Teresa!

LEONI. ¡Qué casualidad!

PLÁCIDO. Vaya: puesto que no puede encargarse de mi obra, buscaré otro pintor... Con licencia... (Dirigiéndose á la puerta.) El Señor les conserve en su gracia.

LEONI. (Deteniéndole.) Esperad. (Á los Discípulos.) Podeis marcharos. (Á Fabio.) Tú tambien. (Vánse los Discípulos.)

FABIO. Hasta mañana... (Retrocediendo.) ¡Ah! Si ocurre algo, si hay que andar á cintarazos ó promover algun escándalo, estamos á vuestras órdenes.

LEONI. Gracias.

FABIO. Como siempre, en la Hosteria de España...

LEONI. Ya lo sé.

FABIO. (Á Plácido.) Encomendadme á Dios en vuestras oraciones, hermano Plácido.

PLÁCIDO. Encomiéndese él, y será mejor. (Vése.)

ESCENA IV.

PLÁCIDO, LEONI.

LEONI. (¡Ya se fueron!...) Oid.

PLÁCIDO. ¡Oigo!

LEONI. Dice un refran, que las gentes hablando se entienden, y como anhelo servir á la comunidad...

PLÁCIDO. Dios se lo premiará. Pues hablemos. El precio será...

LEONI. Ya arreglaremos el asunto, si no estais de prisa, porque... la verdad, desde anoche no he tomado alimento y tengo un hambre de todos los diablos!

PLÁCIDO. (Santiguándose.) *Libera nos Domine...*

LEONI. Salí temprano de casa... Pero ahora me desquitaré; y si quereis honrar mi humilde mesa...

PLÁCIDO. (Excusándose tibiamente.) ¡Gracias!

LEONI. ¿Pues qué, no se ha despertado vuestro apetito con un viaje tan largo y tan penoso?

PLÁCIDO. (Mirando con ansia los manjares que hay sobre la mesa.) ¡Psit! ¡Faltaria á la verdad si dijese que no, y como la men-

tira es un pecado tan feo!

LEONI. ¡Feísimo!

PLÁCIDO. Estoy, como quien dice, con el almuerzo nada mas... ¡ah! y la comida... y una poca fruta que cogí de la huerta... y un tente en pié que tomé al entrar en Nápoles... y...

LEONI. ¡Vaya por Dios! ¡Ea, sentaos sin ceremonia y acompañadme. (Pone una silla á Plácido y él se sienta en otra.)

PLÁCIDO. Obedezco. (Se sienta.)

LEONI. (Echando vino en los vasos.) Hé aqui un talisman que os devolverá las fuerzas perdidas. (Yo haré que hables.)

PLÁCIDO. ¿Es vino?

LEONI. (Alargándole el vaso.) ¡Si, *Lácrima Christi*!

PLÁCIDO. Perdone: yo no puedo...

LEONI. ¿Por qué? ¿No se usa vino en el convento?

PLÁCIDO. Los padres... si lo usan; pero á los novicios nos está vedado...

LEONI. Pronto vais á ser padre.

PLÁCIDO. Eso si.

LEONI. De manera, que todo se reduce á echar un traguito adelantado.

PLÁCIDO. ¡Es verdad! Bebiendo luego uno menos...

LEONI. Bebed sin escrúpulo.

PLÁCIDO. (Bebe.) ¡Ay qué cosa tan rica! Hasta verte, ¡Jesus mio! (Apura el vaso.)

LEONI. Quisiera ofreceros algo mas que fiambres; pero como aqui no hay cocinero ni mujeres...

PLÁCIDO. Tambien nosotros nos pasamos sin ellas.

LEONI. Ya; pero los padres se darán mejor trato que yo.

PLÁCIDO. ¡Bueno anda el negocio de algun tiempo á esta parte para que nos demos buen trato!

LEONI. ¿No anda bien el negocio?

PLÁCIDO. No señor. Y por eso precisamente recurrimos á su habilidad.

LEONI. ¿Por eso?

PLÁCIDO. Es el caso, que cerca de nuestro convento hay otro de la Trapa... Permita que tome un bizcocho.

LEONI. (Alargándole el plato.) Tomad los que gusteis.

PLÁCIDO. Decia que los trapenses, por hacernos mala obra, mandaron pintar la imágen de su fundador, que dicho sea sin ofensa del santo, ha salido mas feo que los siete pecados capitales... (Alargando el vaso.) Si tiene la bondad...

LEONI. (Dándole vino.) Con mil amores.

PLÁCIDO. Expusieron el cuadro á la pública veneracion, y desde entonces les llueven las limosnas, y no hay ofrenda que la Trapa no atrape, al paso que por nuestras puertas no asoma la gracia de Dios.

LEONI. Esa conducta de los trapenses es censurable.

PLÁCIDO. Crea, hermano, que los aborrezco.

LEONI. Ya sabe que debe amarse al prójimo.

PLÁCIDO. Es que los trapenses nunca han sido prójimos nuestros, porque tienen la culpa de nuestras penas, y por ellos es tanta nuestra estrechez, que ya ni comemos, (Con la boca llena.) ni bebemos, (Bebe.) ni tenemos alientos para entonar una antífona.

LEONI. ¡Eso es horrible!

PLÁCIDO. Para conjurar tamaña desventura, ha resuelto la comunidad poner en contraposicion de aquel santo tan feo una santa jóven y bella.

LEONI. Magnífico.

PLÁCIDO. Los padres quisieran una santa Rita, abogada de los imposibles, y como hay tanta fea sin casar, no le faltarán devotas.

LEONI. ¿Conque necesitais una santa muy bella?

PLÁCIDO. Tan bella, si es posible, como ese retrato.

LEONI. Entonces, tendreis que esperar á que encuentre modelo.

PLÁCIDO. Pero si no podemos aguardar.

LEONI. Buscadme modelo si tanto os interesa.

PLÁCIDO. ¿Yo?... ¡Ay, si supiese dónde para Teresa!

LEONI. ¿Teresa?... ¡Ah! ya: la que se parece á ese estudio.

PLÁCIDO. La misma.

LEONI. ¿Alguna devota del hermano Plácido?

PLÁCIDO. No, señor: una pobre huérfana que moraba cerca de mi convento, con una tia medio ciega y mas sorda que la pared. La tia se confesaba muy á menudo con el padre Eleuterio, sordo tambien como un poste, y durante la confesion, que era el cuento de nunca acabar, la sobrina y yo correteabamos por una huerta próxima al convento.

LEONI. ¡Hola!

PLÁCIDO. ¡Cosas de chicos! ¡Y nos queriamos tanto!...

LEONI. ¿Si, eh? (¡Angelitos!...)

PLÁCIDO. ¡Toma! Algunas veces me decia Teresa, cogiendo mi

mano entre las suyas: «Hermanito Plácido, ¿por qué ese empeño en ser religioso? ¿No le estaria mejor vivir en el siglo, al lado de su familia... cerquita de mí, que le quiero como si fuese su hermana?»

LEONI. ¿Y vos entonces?...

PLÁCIDO. ¿Yo?... la oia, la miraba embobado, sin saber qué contestar, porque la dulzura de su voz, la expresion de sus ojos y el contacto de aquellas manos tan suaves me... me... Vamos, yo no puedo explicar á su merced el efecto...

LEONI. Ni es necesario...

PLÁCIDO. Y si viera qué mal rato llevé, dos ó tres meses ha, cuando supe por ella que la requeria de amores un mancebo de Nápoles, que iba todos los dias á caballo por verla...

LEONI. (Ese era yo.)

PLÁCIDO. ¡Y que le escribia billetes perfumados con ámbar!...

LEONI. (Los mios.)

PLÁCIDO. Por fortuna el bribon perdió el tiempo; pero como en este mundo no hay dicha completa, anoche abandonó Teresa la quinta, y es probable que no volvamos á vernos jamás.

LEONI. ¿Y no os confió el objeto de su marcha?

PLÁCIDO. Ayer por la mañana se despidió de mí, y me dijo que venia á la ciudad; me habló de un tutor, de un matrimonio... qué sé yo...

LEONI. (Con arrebato.) ¿Un matrimonio?...

PLÁCIDO. Si, señor... La pobrecilla lloraba amargamente... no queria separarse de mí... ni yo de ella tampoco; pero fué preciso, y yo, yo, que me hallaba mas desconsolado que ella, tuve que animarla, exhortándola á que no desconfiase de la Providencia, y hasta le ofrecí mi ayuda...

LEONI. ¿Y no habeis dado paso alguno?...

PLÁCIDO. Ninguno. Ni aun sé dónde vive.

LEONI. (Con exaltacion.) ¡Cómo! Vos, cuyo ejercicio es la caridad, cuya mision es socorrer y amparar á los desvalidos, ¿asi abandonais al menesteroso, dejando que sacrifiquen esa víctima inocente, que reclama, que espera vuestra proteccion?

PLÁCIDO. Yo...

LEONI. No: eso no puede ser. Es preciso buscarla, encontrar-

la, salvarla...

PLÁCIDO. Si; pero...

LEONI. Venid, yo os acompañaré.

PLÁCIDO. (Comiendo.) ¿Y si saben los padres que me he entretenido... buscando una muchacha?

LEONI. ¡Eh! Lo que importa es volar al socorro de Teresa. (Levantándole bruscamente de la silla.) Vamos.

PLÁCIDO. Bien, bien. (¡Qué buen corazon tiene este hermanito!) Vamos allá... (Recoge los bizcochos que han sobrado y los guarda en la manga mientras que Leoni oculta el retrato de Teresa entre los que estan arrimados á la pared.)

LEONI. Seguidme. (Al disponerse para salir se escucha el coro dentro y se detienen.)

ESCENA V.

LAVILLA, DICHOS.

MÚSICA.

CORO. (Dentro.) Cerquemos la casa
sin dilacion.
Guardemos la puerta
con precaucion.
Hay que velar,
hay que rondar,
hay que observar
sin remision.

HABLADO.

LAVILLA. (Dentro.) Quietos ahí y no dejeis salir á nadie.

LEONI. (Me pareció la voz de Lavilla. ¿Quién le acompañará?)

PLÁCIDO. ¿Habeis oido?

LEONI. Si; es un amigo mio, un majadero que vive ahí enfrente. ¡Visita mas inoportuna!

LAVILLA. (Entrando.) Salud, insigne pintor. ¿Tú bueno?... Yo tambien... Me alegro.

LEONI. (Haciendo ademan de salir.) Llegas á mala hora... Tengo que salir al instante.

LAVILLA. (Sentándose cerca de la mesa.) Otro dia saldrás.
LEONI. ¿Cómo?... ¿Qué dices?...
LAVILLA. Que estás preso de órden del virey y con guardas á la puerta.
LEONI. ¿Yo? (Asomándose.)
PLÁCIDO. ¡Ay, Dios mio! (Se retira asustado al otro lado de la mesa.)
LEONI. Pero, ¿qué significa?...
LAVILLA. Deja que tome aliento. (Reparando en las botellas.) ¡Bravo! (Examinándolas.) ¡Lácrima Christi! He aqui un atemperante de que gusta mucho la gente de guerra. (Llena una copa.)
PLÁCIDO. (Y la gente de paz.)
LEONI. Vamos, explícame...
LAVILLA. Este vino me recuerda la campaña de los Abruzzos, y mis insignes prozas. (Levantándose y dirigiéndose á Leoni.) ¿No te he contado nunca la campaña de los Abruzzos? (Plácido se bebe la copa sin ser visto.)
LEONI. (Impaciente.) Lo que yo necesito saber es...
LAVILLA. ¡Bien se batió el cobre en aquella memorable jornada! (Vuelve á la mesa, se lleva la copa á los labios y nota que está vacia.) ¡Diantre! Creí haberla llenado...
LEONI. (Con aparente calma.) Cuando quieras...
LAVILLA. (Reparando en Plácido.) ¡Calle! ¡Un religioso! Comprendo: como tienes un duelo pendiente, tratas de arreglar tu conciencia. (Vuelve á llenar la copa.)
LEONI. No tal. El hermano Síngala ha venido á encargarme un cuadro.
LAVILLA. ¡Síngala!... ¿Plácido Síngala?
PLÁCIDO. Para servir á Dios y á vuestra...
LAVILLA. ¡Voto á Satanás!
PLÁCIDO. (Santiguándose.) *Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum...*
LAVILLA. (Á Plácido.) ¡Venga un abrazo! (Le abraza.)
PLÁCIDO. (*Miserere mei, Deus...*)
LAVILLA. ¿No ha llegado al convento la fama del valeroso alferez Pantaleon Lavilla?
PLÁCIDO. No señor. Solo ha llegado la noticia de que es mi primo.
LAVILLA. (Ap. á Leoni.) Asi que profese, heredo la mitad de su hacienda. (Á Plácido.) Pues bien: ese primo soy yo.
PLÁCIDO. ¿De veras?
LAVILLA. Otro abrazo! (Leoni se interpone entre los dos.)
LEONI. Basta de abrazos, y sepa yo alguna vez el motivo de tu

venida.

LAVILLA. (Dándole un pliego.) Ahí tienes el motivo. Ayer entré de guardia en palacio, y esta mañana, poco antes de que me relevasen, mi capitan me comunicó esta órden del virey.

LEONI. (Leyendo el sobre.) «Al capitan de la guardia de palacio.»

LAVILLA. Adelante.

LEONI. (Leyendo el pliego.) «El capitan de mi guardia pondrá »inmediatamente preso, bajo su custodia, al pintor »Scipion Leoni...» ¿Es decir que debo seguirte? (Deja el sobre y el pliego sobre la mesa.)

LAVILLA. En rigor asi debia de ser; mas no en balde soy tu amigo. Esa órden tiene por objeto evitar tu desafio con el marqués de Fianconi, que saldrá esta tarde para Roma; y como tú debes quedar libre asi que parta tu adversario, el virey, accediendo á mis súplicas, ha consentido en que permanezcas preso en tu casa hasta las siete, bajo mi responsabilidad: de manera que si me empeñas tu palabra de no quebrantar la reclusion antes de esa hora, retiro las guardas.

LEONI. (¡No poder salir en busca de Teresa!...)

LAVILLA. Con que ¿me prometes?...

LEONI. Te lo prometo, y te doy gracias por tus buenos oficios.

LAVILLA. ¡Phs!... Eso no vale nada... Y me pesa que no puedas darle una buena leccion á ese fátuo marqués. Le detesto... sobre todo, porque es cobarde.

LEONI. ¿Ó porque te ha desbancado tres veces?

LAVILLA. Porque yo he querido. (Echa vino.)

LEONI. Pues asegura que seguirá desbancándote.

LAVILLA. (Frotándose las manos con satisfaccion.) Lo que es ahora...

LEONI. ¡Hola! ¿Tienes alguna nueva conquista entre manos?

LAVILLA. ¿Yo?... No.

LEONI. De seguro.

LAVILLA. (Esquivando la conversacion.) ¡Qué disparate! Voy á decir á esa gente que se retire. (Se dirige á la ventana, y Plácido se bebe el vino.)

LEONI. Confiesa la verdad. Ya no tienes que temer á Fianconi.

LAVILLA. (Mirando á traves de la ventana.) ¡Voto á todos los diablos del infierno!

PLÁCIDO. *Kyrie eleison, Christe eleison...*
LEONI. ¿Qué sucede?
LAVILLA. ¡Que le he visto pasar por la calle!
LEONI. ¿Á quién?
LAVILLA. Al marqués.
LEONI. Vaya con Dios.
LAVILLA. ¿Olvidas que vivo ahí enfrente?
LEONI. Aunque vivas...
LAVILLA. Es que... dentro de mi casa...
LEONI. (Con curiosidad.) ¿Qué?... (Plácido se aproxima á oir, comiendo un bizcocho.)
LAVILLA. (Echando una mirada á Plácido.) Nada.
LEONI. (Á Plácido.) Si gustais pasar á ese gabinete, donde estan mis bocetos, podreis elegir la composicion que mas os agrade para nuestro cuadro.
PLÁCIDO. Enhorabuena. (Parece que estorbo.) (Váse por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

LAVILLA, LEONI.

LEONI. Nadie nos escucha: puedes hablar con entera confianza.
LAVILLA. (Va á beber.) ¡Ira de Dios!... (Examinando la copa.) ¿Si estará rota?...
LEONI. Vamos, declara ese misterio...
LAVILLA. Pues bien: dentro de mi casa... No me fio de tí.
LEONI. ¡Ah, bribon! Tú has seducido alguna inocente paloma, y la tienes escondida en tu casa.
LAVILLA. ¡No señor!
LEONI. ¡Qué escándalo! ¡qué inmoralidad! qué...
LAVILLA. ¡Eh! poco á poco. Confieso que dentro de mi casa hay una jóven; pero esa jóven... es mi prometida.
LEONI. ¿Con que vas á casarte?
LAVILLA. Justo: esta misma noche en la capilla de palacio, y el virey será padrino.
LEONI. Y ¿por qué me has ocultado semejante proyecto?
LAVILLA. ¡Porque te conozco!
LEONI. ¡Soy tu amigo!
LAVILLA. No hay amigos delante de una mujer hermosa.
LEONI. Muy hermosa debe ser cuando tanto la guardas.
LAVILLA. ¡Es un ángel!

LEONI. ¿Yo la conoceré?..,
LAVILLA. No es fácil. El padre, compañero mio, murió en campaña, confiándome la tutela de su hija, y la he tenido siempre retirada del mundo.
LEONI. ¿En algun convento?
LAVILLA. En una quinta de estas inmediaciones, bajo la direccion y custodia de una virtuosa mujer, tia suya.
LEONI. (¿Qué dice?...)
LAVILLA. Anoche llegaron á Nápoles.
LEONI. (¿Será ella?.. .)
LAVILLA. Pues mira: no ha faltado quien ronde la quinta.
LEONI. ¿Es posible?...
LAVILLA. Tú... ,
LEONI. ¿Yo?...
LAVILLA. Tú hubieras hecho lo mismo, á saber...
LEONI. ¡Hombre! Siendo cosa tuya...
LAVILLA. El galan iba todos los dias á caballo: pero le cogí en el garlito. (Señalando la espada.)
LEONI. ¿Y qué?
LAVILLA. Dios le tenga en descanso. (Tono muy solemne.)
LEONI. ¡Muerto! (¿Habrá embustero?)
LAVILLA. Me marcho.
LEONI. ¿Dónde vas?
LAVILLA. Tengo que disponer varias cosas...
LEONI. Tiempo hay. (¡Si pudiera detenerle!)
LAVILLA. El padre Eleuterio me estará esperando en la parroquia.
LEONI. ¿El padre Eleuterio? (Recordando.)
LAVILLA. Si: el confesor de mi futura tia. Ha venido á Nápoles para echarnos las bendiciones, y quedé en traerle á casa, para que conduzca la novia á palacio.
LAVILLA. Cuento con tu palabra, y retiro la gente. Abur.
LEONI. Oye... Mira. (¡Y se va!...)
LAVILLA. Adios. (Váse por la derecha.)
LEONI. Espera... ¡Se fué!

ESCENA VII.

LEONI.

¡Va á casarse con ella!... no hay duda, ¡y no tengo medios para evitarlo!... ¡Oh! ¡si pudiera salir de aquí!...

¡Imposible: he dado mi palabra!...

ESCENA VIII.

PLÁCIDO, LEONI.

PLÁCIDO. (Que sale apresuradamente.) ¡La he visto... la he visto!...
LEONI. ¿Eh?
PLÁCIDO. ¡Pobrecilla!
LEONI. ¿Á quién?
PLÁCIDO. ¡Á Teresa! En una ventana de la casa de enfrente.
LEONI. ¿Á Teresa? (Corriendo hácia la ventana.)
PLÁCIDO. La misma. Ya se ha metido dentro.
LEONI. ¡Ah!
PLÁCIDO. Me ha hecho señas para que vaya.
LEONI. Si: os querrá convidar á su boda: esta noche se casa. (Aparentando indiferencia.)
PLÁCIDO. ¿Tan pronto?
LEONI. Con Lavilla.
PLÁCIDO. ¿Con ese estafermo? (Dios me perdone.)
LEONI. (¡Si este necio me pudiera ayudar!...) Con vuestro primo, que es muy devoto de los trapenses, y les ha ofrecido que Teresa servirá de modelo para que les pinten una santa Catalina, y vuestro convento recibe con esto el último golpe.
PLÁCIDO. ¡Dios nos socorra. Y diga, hermano, ¿no habria algun medio de impedir que Teresa?...
LEONI. ¡Quizá!... Si consiguiesemos que viniese aqui, yo la convenceria.
PLÁCIDO. ¡Ay! si. Hágalo, hermanito... ¡Os ayudaré!
LEONI. Pues bien: Lavilla acaba de salir en busca del padre Eleuterio, que le espera en la parroquia: de manera que podeis hablar á Teresa antes que él regrese.
PLÁCIDO. ¡Es verdad! Voy volando...
LEONI. Hay que traerla aqui.
PLÁCIDO. ¡Por supuesto!
LEONI. Sin que sepa que yo...
PLÁCIDO. Bien está.
LEONI. ¡Ahora solo se trata de romper sus cadenas! Cuando venga le direis lo del cuadro.
PLÁCIDO. Ya estoy. (Se pone en marcha.)

MUSICA.

LEONI. Del convento agradecido,
para vos gran premio espero,
y sochantre ó pertiguero,
por lo poco, os nombrará.

PLÁCIDO. Si el modelo apetecido
hoy mi celo le procura,
del convento la estrechura
por mi astucia concluirá.

LEONI. Ardua es la empresa;
pero no dudo
que sereis diestro,
sereis audaz.

PLÁCIDO. Con mi destreza
podeis contar.
Soy yo muy listo
para intrigar.

LEONI. (Este pazguato
me la traerá,
y de mis redes
no escapará.)

PLÁCIDO. (¡Cuál los trapenses
van á rabiar
viendo frustrado
su inícuo plan!)

LEONI. Partid ligero;
corred, volad.

PLÁCIDO. Descuide, hermano,
que aqui vendrá. (Sale.)

ESCENA IX.

LEONI.

HABLADO.

¡Cómo corre! ¡salta los escalones de cuatro en cuatro!... ¿Le seguirá Teresa?... ¡Será un triunfo que valga por

mil!... ¿Y el novicio?... ¡Bah! es un desdichado, y me desharé de él cuando quiera. ¿Y qué dirá Lavilla, que es mi amigo?...

MUSICA.

En lides amorosas,
por ley de guerra,
toda mujer que gusta
es buena presa:
y por lo mismo
no se tiene respeto
ni á los amigos.

—

Á tí, Cupido,
rapaz travieso,
dulce embeleso,
dios del amor,
humilde acudo:
sé tú mi escudo;
dame tu amparo,
dame favor.
Si tú proteges
esta aventura,
de esa hermosura
dueño seré,
y en dulces lazos,
entre sus brazos,
de amor la copa
apuraré.

HABLADO.

¡No vienen!... ¿Si habrá cometido alguna torpeza? ¿Quién se fia de un simple? (Paseándose inquieto.) Y Lavilla ya no puede tardar... (Mirando por la ventana.) ¡Maldicion!... ¡Ya está ahí! (Sigue observando.) Me saluda... entra en su casa... ¡Todo se ha perdido! (Breve pausa.) ¿Qué veo? ¡Abren la puerta del jardin!... Es mi hombre, el novicio, que sale con una tapada... con Teresa,

sin dudd... ¡Ah! ¡Ya llegan!... No conviene que ella me vea al entrar. (Se oculta en la habitacion de la izquierda cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA X.

PLÁCIDO, TERESA, despues LEONI.

Plácido y Teresa, que viene cubierta con un manto, entran por la derecha.

PLÁCIDO. Ande, ande, hermanita.
TERESA. (Descubriéndose el rostro.) ¡Me falta el aliento!
PLÁCIDO. No tenga cuidado, que ya estamos en parte segura. (Entorna la puerta por donde han entrado.)
TERESA. (Con recelo.) ¿Quién vive aquí?
PLÁCIDO. Aquí vive... un pintor. (¡No le veo!)
TERESA. (Asustada.) ¿Vive solo?
PLÁCIDO. No, no: con... con su madre. (Otra mentira, y van cinco.)
TERESA. ¡Qué pensará de mí!...
PLÁCIDO. Todo está previsto. Este pintor necesita un modelo para una santa Rita, que le ha encargado nuestra comunidad, y...
TERESA. No espereis que yo me preste á servir de modelo.
PLÁCIDO. Entonces, tendrá que volver á la jaula y casarse esta noche.
TERESA. ¡Eso, nunca!
PLÁCIDO. Dé gracias á Dios que nos ha deparado este asilo tan cerca. Si tardamos un segundo mas en llegar nos atrapan.
TERESA. ¡Es verdad! ¡Aun me parece oir la voz de mi tutor! ¡Creí que nos seguia!
PLÁCIDO. ¡Yo tambien! ¡La aprension!
TERESA. ¿Y no temeis que pueda venir á esta casa?
PLÁCIDO. ¡No las tengo todas conmigo! Por si acaso bueno será que se entre en esa habitacion: tiene llave por dentro.. (Señalando la puerta del foro.)
TERESA. Sí, sí... (Se dirige al foro, se detiene, y dice con tono solemne.) Hermano Plácido, no olvideis que os he confiado mi honra.
PLÁCIDO. Ya lo sé, y estaré muy alerta.
TERESA. (Al entrarse.) (¿Habré hecho una locura? ¡Dios mio, am-

TAYLOR INSTITUTION UNIVERSITY 11 JUL. 1960 OF OXFORD LIBRARY

paradme!...)

ESCENA XI.

LEONI, PLÁCIDO.

Leoni sale sin que le vea Plácido. Toda esta escena se dirá á media voz.

LEONI. (¡Ya es mia!)

PLÁCIDO. ¡Pues, señor, lindo chasco se van á llevar los trapenses! ¡Esto marcha! Digo, á no ser que mi primo...

LEONI. (Tocándole en el hombro.) ¡Bravísimo!

PLÁCIDO. (Aterrado.) ¡Eh!

LEONI. ¡Os habeis portado como un héroe!

PLÁCIDO. (¡Pensé que era mi primo!)

LEONI. ¡No os creia tan listo!

PLÁCIDO. (Con humildad.) Se hace lo que se puede...

LEONI. ¿Quién habia de esperar que un novicio?...

PLÁCIDO. No hay nada en el mundo que no sirva para algo... (Hasta las recortaduras de las hostias...) (Saca recortaduras de la manga y come.)

LEONI. ¿Cómo habeis conseguido que Teresa?...

PLÁCIDO. Muy fácilmente. Entro en la casa cubierto el rostro con la capucha: digo que soy el padre Eleuterio, me introducen en una sala baja, que da al jardin, y me dejan solo con la vieja, que estaba durmiendo, como de costumbre. Á poco, sale Teresa, se arroja en mis brazos, me llama su libertador, su único amigo... qué sé yo cuantas cosas: yo le contesto lo que se me ocurre; de repente, oimos la voz de mi primo, quiero escapar y no acierto con la salida; Teresa me arrastra al jardin, abre un postigo, y nos encontramos en la calle.

LEONI. ¡No es cobarde la niña!

PLÁCIDO. Ya lo creo: es una segunda Judit, una... (Ruido dentro.) ¿Qué ruido es ese?

LEONI. Vuestro primo, que sin duda ha notado la falta de su prisionera, y brama de coraje.

PLÁCIDO. ¡Y si viene á registrar esta casa!...

LEONI. ¡Pobre de él!

PLÁCIDO. ¡Pobre de mí, que soy el raptor! ¡Estoy temblando!...

LEONI. (¡Este mandria me vá á comprometer!)

PLÁCIDO. ¿Cómo librarme de su furia, si viene?

LEONI. (Señalando el trofeo.) Tomad una espada.
PLÁCIDO. ¡Dios me libre!... ¿No seria mas acertado pedir socorro?
LEONI. (¡Oh, qué idea!...) Teneis razon. Id corriendo á la Hosteria de España... allí estan mis discípulos, ya los conoceis...
PLÁCIDO. Los conozco.
LEONI. Decidles que vengan en seguida dos ó tres de ellos, y que esperen mis órdenes al pié de esa ventana.
PLÁCIDO. Corriente. (Se dirige á la puerta de la derecha.)
LEONI. (¡Un estorbo menos!) (Al llegar Plácido á la puerta, se oye la voz de Lavilla, que sube la escalera. El novicio se queda inmóvil de terror, con las manos extendidas hácia adelante; pero reponiéndose, se aparta y coloca de modo que le oculte la puerta al abrirse.)
LAVILLA. (Dentro.) ¡Voto á mil truenos!
PLÁCIDO. ¡Ah! Me va á triturar, si me coge.
LEONI. ¡Qué fatalidad!
LAVILLA. (Dentro y mas cerca.) ¡He de hacerle pedazos!... (Entra Lavilla, Plácido se escapa tomándole las vueltas, y Leoni se pone á preparar la paleta.)

ESCENA XII.

LAVILLA, LEONI, TERESA oculta.

LEONI. ¡Serenidad!
LAVILLA. ¡Esto pide sangre!
LEONI. (Con disimulo.) ¿Otra vez por aquí?
LAVILLA. Si, amigo mio: ¡tú eres mi única esperanza!
LEONI. ¿Yo?... (¡Nada sabe!)
LAVILLA. ¡Soy el hombre mas desdichado de la tierra!
LEONI. Habla, ¿qué te sucede?
LAVILLA. ¡Que me han robado!...
LEONI. ¡Eso es grave!
LAVILLA. ¡Me han robado la novia!
LEONI. ¿Es posible? ¡Qué picardía!
TERESA. (Asomando la cabeza por un lado del tapiz.) ¡Leoni!...
LAVILLA. ¡Esto no puede quedar así! ¡Donde los encuentre, los mato.
TERESA. ¡Mi tutor! (Se oculta apresuradamente.)
LEONI. ¡Robarle á uno su amada antes de que se haya casado con ella!...
LAVILLA. ¡Solo me faltaba que me la hubiesen robado despues!

LEONI. ¿Quién ha sido el traidor?...
LAVILLA. Lo ignoro. Solo sé que entró en mi casa vendiéndose por el padre Eleuterio, y que nadie le ha visto salir.
LEONI. ¡Qué descuido!...
LAVILLA. ¡No sé cómo no he extrangulado á esa vieja!...
LEONI. Vamos, dime en qué puedo servirte.
LAVILLA. Como al volver de la parroquia, te ví asomado á una ventana, he presumido que puedes haber observado algo que me ponga en la pista...
LEONI. Tienes razon: ahora recuerdo que he visto salir un hombre con una mujer por la puerta de tu jardin.
LAVILLA. ¡Ellos eran!
LEONI. (Voy á hacerte viajar.)
LAVILLA. ¿Qué señas tenian?
LEONI. La mujer iba cubierta con un manto.
LAVILLA. ¡Teresa, Teresa!...
LEONI. El hombre...
LAVILLA. ¿Disfrazado de religioso?
LEONI. No: envuelto en una larga capa negra.
LAVILLA. ¡Pues si en casa entró con hábito!...
LEONI. Pues no... ¡Ah! Ahora recuerdo que bajo la capa ocultaba un bulto ó lio... Tal vez se quitase el hábito para desorientarte...
LAVILLA. De seguro el infame cambió de traje. ¿Le viste la cara?
LEONI. La ocultaba entre el embozo y el ala de un sombrero chambergo, ricamente adornado con pluma roja y cintillo de pedreria.
LAVILLA. ¡El marqués de Fianconi!
LEONI. ¿Cómo?... ¿tú crees?...
LAVILLA. Esas son las señas del sombrero con que le ví esta mañana: á mas, sus antecedentes para conmigo...
LEONI. Puede ser... Aquel aire altivo...
LAVILLA. Corro en su busca.
LEONI. Será inútil. ¿No debia partir para Roma esta tarde? Ya estará de camino.
LAVILLA. Le alcanzaré, y le atravesaré de una estocada.
LEONI. Si no te detienes, puede ser.
LAVILLA. (Tratando de ocultar su miedo bajo el aspecto de valentia.) Mira: puesto que teneis los dos un duelo pendiente, aprovecha la ocasion y vente conmigo. Asi que tú despaches con él, entro yo... y...
LEONI. ¿Y mi arresto?

LAVILLA. ¡Ya no me acordaba! Iré solo.
LEONI. Tú no necesitas á nadie...
LAVILLA. ¡Qué he de necesitar!... ¡si estoy hecho una fiera!... ¡Ah! dime, ¿qué tal maneja las armas ese... presumido?
LEONI. ¡Es un diestro famoso!
LAVILLA. ¡Famoso!... Será un cobarde como todos los que presumen de bravos. Me degradaria si cruzara mi espada con él... Voy á sacar un mandamiento de prision... (Se sienta.)
LEONI. ¡Eso es: y que se escape con tu novia entre tanto! Si quieres alcanzarle es preciso que montes á caballo en seguida.
LAVILLA. No tengo caballo.
LEONI. Yo te prestaré el mio. (¡Á ver si te estrella!)
LAVILLA. ¿Es manso?
LEONI. Como un perro... (rabioso). Sígueme, y te le ensillaré yo mismo.
LAVILLA. Alguien entra en mi casa: he sentido la puerta... (Se asoma á la ventana.)

ESCENA XIII.

PLÁCIDO, DICHOS.

PLÁCIDO. (Para sí, asomando la cabeza sin ver á Lavilla.) Parece que se ha marchado el tigre... (Entra y dice á media voz á Leoni.) ¡Por fin los hallé!
LAVILLA. (Que ha oido á Plácido.) ¿Cómo, es cierto que los habeis encontrado?
PLÁCIDO. (¡Jesucristo!)
LAVILLA. ¿Dónde estaban?
PLÁCIDO. ¿Quién?
LAVILLA. (Furioso.) ¡Ellos!
PLÁCIDO. (Asustado.) Estaban .. en la Hosteria de España.
LAVILLA. ¿Y qué hacian allí?
PLÁCIDO. Jugar... y beber: yo tambien he bebido...
LAVILLA. ¿De quién diablos hablais?
PLÁCIDO. *In nomine patris...* (Santiguándose.)
LAVILLA. ¿Estais sordo?
PLÁCIDO. ¿Yo?... ¿Por quién me pregunta?
LAVILLA. ¡Por el diablo que os lleve!
PLÁCIDO. Ave-Maria puri... (¡Qué grosero!)

LEONI. (Interrumpiéndolos.) El hermano Plácido viene de buscar á mis discípulos, que estan en la hosteria.

LAVILLA. ¿Y por qué no se explica? ¡Habrá estúpido!

PLÁCIDO. (Ya me voy amoscando yo con el primito este.)

LEONI. Anda, hombre, si quieres alcanzar al marqués.

LAVILLA. Voy. (Se dirige á la puerta derecha.)

LEONI. (Este es de fiar... Los dejaré encerrados con llave.) Pronto subo. Cuidado con lo que se hace, hermanito. (Váse detrás de Lavilla cerrando por fuera.)

ESCENA XIV.

TERESA, PLÁCIDO.

TERESA. (Levantando el tapiz.) ¡Se van!

PLÁCIDO. ¡Mi primo es atroz!... ¡Qué jurar! ¡Qué blasfemar! ¡Y me ha llamado estúpido!... No, pues como me insulte otra vez, puede que .. Precisamente he cobrado unos ánimos con el traguito de la hosteria!...

TERESA. (Que ha llegado hasta él sin que Plácido se aperciba de ello.) Hermano Plácido...

PLÁCIDO. (Asustado.) ¡Eh!

TERESA. ¿Quereis decirme dónde está esa señora?

PLÁCIDO. ¿Qué señora?

TERESA. La madre de Leoni.

PLÁCIDO. ¡Ah!... si: la madre de... pues, no lo sé. (En el otro mundo, sin duda.)

TERESA. (Cambiando de tono y con mucha severidad.) ¡Sois un embustero!

PLÁCIDO. ¡Hermanita!...

TERESA. ¡Me habeis engañado, me habeis comprometido!...

PLÁCIDO. ¿Yo?... ¿Cómo?...

TERESA. ¿No me habeis traido á la casa del primer libertino de Nápoles? del mismo que me persigue con sus pretensiones amorosas?

PLÁCIDO. ¿Cómo, era Leoni el de los paseos á caballo?

TERESA. ¿No lo sabiais?..,

PLÁCIDO. ¿Qué habia de saber?... ¡Pecador de mí! ¡Buena la hemos hecho!... ¡Caimos en la trampa!... ¡Ahora comprendo su propósito!... ¡Modelo!... No tenia él mal modelo! ¡Es preciso huir!

TERESA. Vamos. (Plácido va hasta la puerta.)

PLÁCIDO. ¡Imposible: ha cerrado por fuera!
TERESA. ¿Qué va á ser de nosotros?
PLÁCIDO. Por mí no hay cuidado, y en cuanto á Leoni yo le diré cuántas son cinco.
TERESA. ¡Aseguran que es un hombre temible!
PLÁCIDO. Lo creo.
TERESA. Capaz de arrojaros por esa ventana...
PLÁCIDO. Tambien lo creo.
TERESA. Si pudiéramos con maña...
PLÁCIDO. ¡Es muy astuto! Cuando á mí me ha engañado...
TERESA. Algun partido es preciso tomar.
PLÁCIDO. De todo tiene la culpa mi primo, que debia llevarle preso á palacio y le dejó arrestado en su casa.
TERESA. ¿Arrestado?
PLÁCIDO. Si, ahí está la órden... ¡Calle! el capitan de la guardia que ha relevado á mi primo, quizá no sepa nada, y si yo pudiera enviarle este pliego cerrado... (Saca recortaduras y cierra el pliego.) No hay nada en el mundo que no sirva para algo. (Esto á la despensa.) (Vuelve á meter en la manga un cabo de vela y alguna fruta ó dulce que sacó para buscar las recortaduras.)
TERESA. ¿Qué haceis?
PLÁCIDO. Tengo un plan...
TERESA. ¡Leoni sube!
PLÁCIDO. ¡Mucho disimulo!... Es preciso ganar tiempo. (Guarda el pliego en la manga.)
TERESA. ¡No me abandoneis!
PLÁCIDO. Ni un instante. (Teresa se sienta de espaldas á la puerta, derecha, Plácido se aparta y mira los cuadros.)

ESCENA XV.

LEONI, DICHOS.

LEONI. (¡Juntos!...)
PLÁCIDO. (¡Si yo pudierra remitir esta órden!...)
TERESA. (¡Valor!)
LEONI. (Ap. á Plácido.) ¡Qué os ha dicho de mí?
PLÁCIDO. (Afectando disimulo.) ¿Quién?
LEONI. Ella.
PLÁCIDO. ¡Ah! si. Nada... no me ha dicho nada... (Desde que entré en esta casa no hago mas que mentir.)

LEONI. ¿Sabe ya lo del cuadro?

PLÁCIDO. Lo del... cuadro... si... ya...

LEONI. ¿Y se presta á servir... de modelo?

PLÁCIDO. ¡Ah! Si, señor, si, señor, de modelo...

LEONI. (¿Ignorará todavia Teresa que ha caido en mis redes?... Veamos.) (Coloca el estudio sobre un caballete situado á la derecha, toma tiento, paleta y pinceles y se dirige á Teresa.) Señora, puesto que teneis la condescendencia de permitirme copiar vuestro rostro, aprovecharé los cortos instantes de luz que le quedan al dia.

TERESA. (Levantándose y volviéndose de cara á Leoni.) Cuando gusteis.

LEONI. ¡Graçias!... (¡No le sorprende mi presencia!... ¿Á quién pretende engañar, al novicio ó á mí? (Se vuelve donde está el caballete.)

TERESA. (Colocándose enfrente de Leoni.) ¿Estoy bien colocada?

LEONI. Mas cerca. (Teresa se aproxima.)

PLÁCIDO. (Deteniéndola.) ¡No tanto, hermanita!

LEONI. Mas, mas. ¿Qué entendeis de pintura?

TERESA. ¿Dónde fijo la mirada?

PLÁCIDO. (Poniéndose al lado de Leoni.) En mí, hermanita.

LEONI. ¡Apartaos!... (Toma una silla y la coloca donde está Teresa.) Os podeis sentar. (Teresa se sienta y deja caer el manto sobre los hombros.)

PLÁCIDO. (¡Qué fino!)

LEONI. Juraria, señora, que no es esta la primera vez que nos vemos.

PLÁCIDO. (¡Vaya una noticia!)

LEONI. Y sin embargo, nunca imaginé que tendria la dicha de concluir esta cabeza delante del original.

PLÁCIDO. ¿No le parece que este carrillo es mucho mas estrecho que el otro? (Tocando el cuadro.)

LEONI. ¡Dejadme! (Plácido se aparta y se coloca al lado de Teresa.) Decia, señora, hablando de mi inesperada ventura...

PLACIDO. (Tocando con el dedo la frente de Teresa.) Que no se le olvide la espina.

LEONI. Hermano, me estais distrayendo... Y, la verdad, yo no sé pintar cuando alguno me mira.

PLÁCIDO. Si yo no le miro. (Mirando á Teresa.)

LEONI. Basta que me lo parezca.

PLÁCIDO. Entonces me volveré de espaldas. (Le vuelve la espalda á Leoni y mira á Teresa.)

LEONI. Tampoco me gusta tener gente delante.

PLÁCIDO. Bien, bien, me pondré detrás: no hay cuidado por eso. (Se coloca detrás de Leoni.)

LEONI. (¡Vive Dios que el motilon se burla!)

PLÁCIDO. ¿Y ahora?

LEONI. Ahora me vais á hacer el favor de tomar el portante.

TERESA. (¡Dios mio!)

PLÁCIDO. ¿Por qué?

LEONI. Porque yo os lo suplico.

PLÁCIDO. ¿Dónde quiere que vaya?

LEONI. (Con sequedad.) Á paseo.

PLÁCIDO. Pero si yo no tengo gana de pasear.

LEONI. (Con furia y bajando la voz para que no lo oiga Teresa.) ¡Váyase y no replique, si no quiere salir de cabeza por la ventana.

PLÁCIDO. (Alzando la voz.) ¡Me iré, no replico!

TERESA. (Alarmada.) ¿Os vais?...

PLÁCIDO. El hermano Leoni me lo ha rogado de un modo... (Da un rodeo, pasa por delante de Teresa y le dice aparte.) No tenga cuidado.

LEONI. ¿Qué diablos esperais?

PLÁCIDO. Ya me voy, ya me voy... Hasta luego. (Abre la puerta de la derecha, observa que Leoni no le puede ver salir, la cierra de golpe y se oculta detrás de algun objeto, donde mejor convenga para el juego de la escena siguiente: todo muy rápido.)

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, Plácido oculto: luego FABIO, dentro.

Leoni abandona el trabajo y cierra la puerta.

TERESA. (Levantándose.) ¿Qué haceis?

LEONI. Cierro para que nadie nos importune.

TERESA. (Retrocediendo asustada hasta cerca del sitio donde se ha ocultado Plácido.) (¡Sola y encerrada con él!...)

PLÁCIDO. (Bajo á Teresa y asomándose sin que le pueda ver Leoni.) ¡Aquí estoy yo!

TERESA. (¡Ah!..)

LEONI. (Volviendo y dirigiéndose á Teresa con resolucion.) ¡Por fin hemos quedado solos!... (Empieza á oscurecer muy lentamente.)

TERESA. (Temblorosa y señalándole el caballete.) ¿No pintais?
LEONI. Apenas se ve ya, y á mas, ¿cómo quereis que pinte cuando os tengo delante?
PLÁCIDO. (¿Á que á esta no la manda á paseo?...)
LEONI. (Con pasion.) ¡Á vuestro lado no puede hacerse mas que amar!
TERESA. ¡Caballero!...
LEONI. El cielo os ha traido á mi casa, y solo arrancándome la vida, os podrán arrancar de mis brazos! Si, Teresa: yo no puedo, ni quiero vivir, si no he de contemplar esos ojos, cuyas miradas encienden mi apagado espíritu y dan luz á mis cuadros. Con una palabra podeis hacerme el hombre mas venturoso de la tierra... (Intenta tomar su mano.)
TERESA. (Rechazándole.) ¡Apartaos de mí!
LEONI. ¡Merezca yo al menos alguna esperanza!
TERESA. ¡Imposible! Ni os amo, ni os amaré nunca.
PLÁCIDO. (¡Bendita sea tu boca!)
LEONI. (Cambiando de tono.) ¡Nunca!... ¿Quién sabe?...
TERESA. Si estimais en algo mi aprecio, y quereis merecerle, permitid que abandone esta casa.
LEONI. Conmigo la abandonareis.
TERESA. ¿Con vos?...
LEONI. Asi que anochezca del todo, podremos llegar hasta el muelle sin que nadie os conozca, y una barca nos conducirá en breves instantes á mi quinta de Sorrento.
PLÁCIDO. (¡Ah, tunante!)
TERESA. ¿Qué me propone is?
LEONI. Vuestra salvacion.
TERESA. Mi salvacion consiste en que me dejeis partir libremente.
LEONI. (Con sequedad.) No puede ser.
TERESA. Pronto, abrid ó pido auxilio.
LEONI. No me obligueis, señora, á la violencia... Gentes de confianza esperan mis órdenes al pié de esa ventana...
PLÁCIDO. (¡Bruto de mí, que los he ido á llamar!)
TERESA. Abrid, os digo.
LEONI. Ireis á mi quinta de grado ó por fuerza... (Asomándose á la ventana) ¡Hola, Fabio!
FABIO. (Dentro.) ¿Subimos?
TERESA. (Aterrada.) ¡No, por Dios!
LEONI. (Á los de abajo.) Aguardad, que pronto os daré mis ór-

denes. (Toma su sombrero. Teresa se arroja en la silla y oculta el rostro entre sus manos. Leoni vuelve cerca de ella y la contempla silencioso é inmóvil por algunos momentos.)

FABIO. Estoy por arrojarles el pliego... (Lo saca de la manga.) creerán que es de Leoni, y lo llevarán. ¡Allá va! (Corre de puntillas á la ventana, arroja el pliego á la calle y se vuelve á esconder)

LEONI. (Al fin cederá.)

TERESA. (¡Qué horrible situacion!...) (Dan las siete.)

LEONI. Las siete. Ya estoy libre, Teresa: vuestros enemigos os buscan y pueden volver á esta casa. No se trata de mi amor, sino de vuestra fama, de vuestra existencia, tal vez... La noche nos favorece, seguidme.

TERESA. No, no... jamás.

PLÁCIDO. (¡Esto se pone malo!)

LEONI. (Con imperio y cogiéndola violentamente por la muñeca.) ¡Señora, es forzoso partir al instante! (Completa oscuridad.)

PLÁCIDO. (Al oido de Teresa, la que huyendo se aproxima adonde está Plácido.) Consentid.

TERESA. (¿Yo?...)

PLÁCIDO. (No tengais cuidado.)

LEONI. ¿Qué resolveis?

TERESA. ¡Os... seguiré!

LEONI. Esperad un momento. (Asomándose á la ventana y con voz apagada.) ¡Fabio!... ¡Lucas!... ¡Jacobo!... No contestan... Felizmente no hacen falta.

PLÁCIDO. (Se fueron á llevar el pliego.)

LEONI. Señora, soy con vos al momento... Voy á tomar mi capa.

ESCENA XVII.

PLÁCIDO y TERESA.

PLÁCIDO. Hermanita, déme pronto ese manto. (Mucha rapidez en el diálogo.)

TERESA. ¿Para qué?

PLÁCIDO. Voy á ocupar su puesto.

TERESA. Estais en vuestro juicio?

PLÁCIDO. No queda otro recurso.

TERESA. Y si Leoni descubre...

PLÁCIDO. Me romperá la crisma: ya lo sé... Bien merecido lo tengo por tonto!... ¡Venga el manto y váyase á mi es-

condite corriendo! (Le quita el manto á Teresa y se arrebuja con él.)

TERESA. Es una locura!

PLÁCIDO. ¡Que vuelve! (Teresa se retira.)

ESCENA XVIII.

LEONI, DICHOS.

Leoni sale con capa y sombrero y espada al cinto, atraviesa la escena en busca de Teresa y toma la mano de Plácido: todo á tientas durante el ritornelo de la orquesta.

MUSICA.

LEONI. Vamos, señora,
pronto venid
donde os espera
dicha sin fin.

PLÁCIDO. (Tiene este perro
mala nariz;
si me conoce,
pobre de mí.)

TERESA. (¡Bien hasta ahora
marcha el ardid,
pues al novicio
toma por mí!)

—

LEONI. Tu mano divina
ya estrecho feliz,
(Coloca la mano de Plácido sobre su corazon.)
y mira cuál late
mi pecho febril.
Yo, niña, te adoro
con tal frenesí,
que aun veo tu rostro
de rosa y jazmin.
Si premias piadosa
mi amor con un si,
seremos unidos,

el olmo y la vid.

PLÁCIDO. (¡Bonito consorcio!...
¡yo estoy en un tris!)

(Teresa se aproxima mucho á Plácido para que al oirla Leoni no dude que es su mano la que tiene asida.)

TERESA. Galan caballero,
que sois para mí
ya Orlando furioso,
ya tierno Amadis,
acaso rendida
me vierais aqui
si no recelara
engaño sutil.
Amante que espera,
promete sin fin,
y luego que alcanza,
es tardo en cumplir.

PLÁCIDO. (¡Con este reclamo
estoy en un tris!)

LEONI. Desecha, señora,
recelo pueril,
no abriga mi pecho
traicion baladí.
Permite que pueda
mi labio imprimir
un beso amoroso
en este marfil.

(Besa repetidas veces con entusiasmo la mano de Plácido.)

PLÁCIDO. (La mano me escuece
de tal repetir,
pues tiene la barba
como un puerco-espin.)

TERESA. (El pobre novicio
hoy paga por mí
la poca advertencia
de edad juvenil.)

Á TRES.

LEONI. Permite que pueda, etc.
PLACIDO. La mano me escuece, etc.
TERESA. El pobre novicio, etc.

—

LEONI. No dilates por mas tiempo
la ventura que me espera,
que á tu amor, niña hechicera,
mi existencia unida está.
De mi quinta en los verjeles
serás reina de los flores,
y parleros ruiseñores
nuestra dicha cantarán.

PLÁCIDO. (No me halaga ni una pizca
ese trono que me espera,
pues entré en la ratonera
y no sé cómo escapar.
De la quinta en los verjeles
tendrá fin mi triste historia,
y tal vez á mi memoria
ni un responso cantarán.)

TERESA. (Me conmueve del novicio
la venganza que le espera;
de salvarle no hay manera
si mi honor se ha de salvar.
De la quinta en los verjeles
tendrá fin tan loco engaño,
y será mayor su daño
cuanto fué la burla mas.)

—

LEONI. (Llevando á Plácido hácia la puerta de la derecha.)
Vamos, señora,
pronto venid
donde os aguarda
dicha sin fin.

PLÁCIDO. (Sean conmigo
las once mil,
que ya el martirio
voy á sufrir.)

TERESA. (Bien hasta ahora
iba el ardid;
mas el engaño
va á tener fin.)

(Terminada la música se oye llamar á la puerta derecha primer término.)

ESCENA XIX.

PLÁCIDO, LEONI, OFICIAL y soldados.

HABLADO.

LEONI. (Han llamado.) ¿Quién será? (Se dirige á la puerta.)
OFICIAL. (Dentro.) ¡Abrid, en nombre del virey!
PLÁCIDO. (Bajo á Teresa.) ¡Nos hemos salvado!
LEONI. (Abriendo.) ¿Qué quereis?
OFICIAL. (Que entra seguido de algunos soldados armados. Uno de los cuales lleva una linterna encendida.) ¿Sois el pintor Leoni?
PLÁCIDO. (Que con muestras de alegria se ha aproximado á Leoni, contesta rápidamente como denunciándole.) Si, señor, este es.
LEONI. (Que no habia visto á Plácido.) ¡Aqui el novicio!... ¿Y Teresa?
PLÁCIDO. Voló, y ahora os toca á vos ir á paseo.
LEONI. (Dirigiéndose á él amenazándole.) ¿Á mí con burlas? (El Oficial le detiene.)
PLÁCIDO. Señor Leoni, de órden de su alteza daos preso. (Mientras, Plácido saca un cabo de vela de la manga, que enciende en la linterna, y luego con él alguna bujia del candelabro que hay sobre la mesa.)
LEONI. ¿Otra vez? Debeis estar equivocado, y asi os ruego me digais...
OFICIAL. Solo os puedo decir que mi consigna es conduciros á palacio, y asi... (Señalando la puerta.)
LEONI. No resisto. (Entrega la espada.)
OFICIAL. Vamos. (Sale delante.)
LEONI. (Los dejaré encerrados por si puedo volver pronto.) ¡Nos veremos! (Á Plácido en tono de amenaza. Sale seguido de los soldados y se oye la llave por fuera.)
PLÁCIDO. ¡Buen viaje!

ESCENA XX.

PLÁCIDO y TERESA.

PLÁCIDO. No me importan tus fieros, porque si me buscas... no me encontrarás... Anda á buscar modelos. Asi te... Dios me perdone...

TERESA. (Que ha permanecido oculta desde que apareció la luz.) El cielo nos ha mandado esa gente sin duda.

PLÁCIDO. Justo; pero si tarda un poquito mas el cielo en mandarla, no sé...

TERESA. ¿Por qué prenden á Leoni?

PLÁCIDO. Porque yo lo he dispuesto.

TERESA. Vos... ¿cómo?

PLÁCIDO. Ya se lo explicaré... Lo que ahora importa es huir...

TERESA. Teneis razon...

PLÁCIDO. Recoja su manto mientras yo reconozco la salida. ¡Esta es otra!

TERESA. ¿Qué pasa?

PLÁCIDO. ¡Que ese filisteo nos ha vuelto á encerrar bajo llave!

TERESA. ¡Jesus María!

PLÁCIDO. Y van dos veces.

TERESA. ¿Qué hacer ahora?

PLÁCIDO. Por lo pronto tendrá que pasar toda la noche aqui dentro.

TERESA. ¡Sola con un hombre!...

PLÁCIDO. No, hermana: conmigo.

TERESA. ¡Es igual!

PLÁCIDO. Á bien que una mala noche se pasa pronto. En habiendo donde tender la raspa... Lo malo es la cena.

TERESA. ¡Buena ocasion para pensar en comer y dormir!

PLÁCIDO. Excelente: no tenemos nada mejor que hacer... Pero ya lo ve: (Examinando la mesa.) aqui no han quedado mas que huesos y media botella de Lacrima Christi. ¿Quiere echar un traguito? (Presentándole la botella.)

TERESA. ¡Quitad!...

PLÁCIDO. ¿No le gusta?... Á mí si. (Bebe con la botella.)

TERESA. ¡Dios mio, cuán desgraciada soy! (Se arroja en una silla.)

PLÁCIDO. ¡Pobrecilla!... ¡Me parece que llora!

TERESA. ¡Esto es para desesperarse!

PLÁCIDO. Vamos, no se aflija de esa manera. Cuando estaba en las garras del otro tenia mas espíritu.

TERESA. ¡Esta casa y esta soledad me llenan de espanto!

PLÁCIDO. (Es preciso consolarla. Si yo me acordase de aquello que decia Leoni.., lo de los ruiseñores y...)

TERESA. ¡Qué ansiedad!...

PLÁCIDO. ¡Valor, hermanita! *Ya está libre de ese viejo... y de ese mancebo, que pretenden ser dueños de su hermosura.* (Tomando el aire de Leoni.)

TERESA. ¡Volverán otra vez!

PLÁCIDO. ¡No importa! ¡*Solo arrancándome primero... la vida, podrán arrancarla de mis brazos*!

TERESA. (Levantándose.) ¿De veras?

PLÁCIDO. ¡De veras! (¡Parece que se anima! ¿Qué mas decia el otro?... ¡Ah! ya caigo.) *Si, Teresa: yo no puedo, yo no quiero vivir si no he de contemplar esos ojos, cuyas miradas encienden mi... mi...* (No me acuerdo de mas.)

TERESA. Me estais haciendo una declaracion, y si es cierto que teneis vocacion por el claustro, haceis mal en solicitar mi cariño.

PLÁCIDO. ¡Ah!... ¿Con que yo he solicitado su cariño? Perdon, ¡hermanita, perdon! No he querido ofenderla.

TERESA. Pero si yo no me ofendo: al contrario...

PLÁCIDO. ¡No se ofende! ¡no se ofende!... (La toma la mano.) Pues bien, Teresita, yo... (Qué bonita es una mujer de cerca.)

TERESA. Proseguid.

PLÁCIDO. (Tomando una mano de Teresa.) ¡Y qué mano tan linda!

TERESA. Deciais...

PLÁCIDO. Decia que... (Se aproxima la mano de Teresa como para examinarla y la besa.)

TERESA. (Sin retirar la mano.) No seais atrevido.

PLÁCIDO. (Soltando la mano de repente.) ¡Ay!... ¡Perdone!... (¡He caido en la tentacion!... No hay escape: me atrapó Satanás... ¡Ave-Maria purísima!)

TERESA. ¡Mucho habeis cambiado desde ayer, hermanito!... ¡Las malas compañias!

PLÁCIDO. No, hermana: las buenas. Hágase mas justicia.

TERESA. ¿Y seriais capaz de casaros conmigo?

PLÁCIDO. ¡Toma, pues ya lo creo!

TERESA. ¡Alguien sube! ¿Si fuera Leoni?

PLÁCIDO. Mejor. Asi nos abrirá la puerta y podremos salir.

TERESA. ¿No temeis?...

PLÁCIDO. ¡Nada temo ya!...

TERESA. Volverá para llevarme á su quinta.

PLÁCIDO. No lo conseguirá fácilmente.

TERESA. ¡Os va á maltratar!

PLÁCIDO. ¡Yo tambien tengo manos! Ya vereis, ya vereis... (Toma una espada.) Nunca he manejado una espada; pero como le pille á tiro le santiguo de veras... ¡Ah! bueno será defender la cabeza por si acaso. (Se pone un capace-

te godo que habrá en el trofeo.)

LAVILLA. (Dentro.) ¡Abrid! (Golpea la puerta.)

TERESA. ¡Mi tutor!

PLÁCIDO. ¡Me alegro! ¡Le tengo unas ganas!...

LAVILLA. ¡Abre pronto, traidora!

TERESA. ¡Sabe que estoy aquí!

LAVILLA. ¡No te escaparás, voto al infierno! (Violentando la puerta.)

PLÁCIDO. Jura, jura cuanto te dé la gana, que ya no me asusto.

ESCENA XXI.

LAVILLA, DICHOS.

LAVILLA. ¡Es inútil que te escondas, te he visto desde casa!

PLÁCIDO. (Poniéndole la espada al pecho.) ¡Atrás!

LAVILLA. (Dando un salto hácia atrás.) ¡Demonio!.. ¿Quién es este espantajo?

PLÁCIDO. Quien sea.

LAVILLA. ¡El motilon!...

PLÁCIDO. ¡No hay que poner motes! ¡Y el paso libre. (Cogiendo á Teresa por la mano.) Véngase conmigo, hermanita.

LAVILLA. ¿Qué mogiganga es esta?

PLÁCIDO. Ápartese pronto, que estamos deprisa.

LAVILLA. ¡Truhan!

PLÁCIDO. ¿No obedece?... pues tome. (Le acomete tirándole tajos y reveses á diestro y siniestro.)

TERESA. (Sujetándole.) ¿Qué haceis?

LAVILLA. (Saliéndose de la distancia.) ¿Estás loco? ¡Eh, quieto, que me puedes herir sin querer!

PLÁCIDO. ¡Ó me permite salir con Teresa, ó le mato!

LAVILLA. ¡Huir con mi pupila!... ¿Serias tú el que la sacó de mi casa?

PLÁCIDO. El mismo.

LAVILLA. ¡Rayos y centellas!

PLÁCIDO. ¡Y truenos y relámpagos!

LAVILLA. ¡Te voy á descuartizar! (Tira de la espada.)

PLÁCIDO. Lo veremos. (Se acometen.)

TERESA. ¡Socorro!...

LAVILLA. (Perdiendo terreno) ¡Encomiéndate á Dios!

PLÁGIDO. (Persiguiéndole.) No huya.

TERESA. ¡Deteneos! (Lavilla tropieza en un mueble y cae.)

LAVILLA. ¡Si, si: basta de sangre!... Si te rindes aun puedes

vivir.

PLÁCIDO. (Poniéndole la punta de la espada delante de la cara.) Aquí morirás, traidor, aliado de los trapenses!

LAVILLA. ¡Misericordia!... ¡Quiero capitular!

PLÁCIDO. Eso muda de especie. (Al retirar la espada levanta el brazo en alto, quedando, tanto él como Lavilla, en la postura á que alude Leoni.)

ESCENA XXII y ÚLTIMA.

LEONI, DICHOS.

LEONI. ¡Já, já!... Nadie se mueva. Voy á pintar un san Miguel con Luzbel á sus plantas. (Lavilla se levanta, se aproxima á Leoni y le dice con tono trágico.)

LAVILLA. ¡Me debes una reparacion!

LEONI. Es verdad. (Tomando por la mano á Teresa y presentándosela.) Pantaleon Lavilla, te devuelvo la novia.

LAVILLA. Muchas gracias; pero no la recibo. (El depósito no ha sido de mi agrado.)

LEONI. ¿Por qué no la recibes?

LAVILLA. ¿Por qué?... Yo me entiendo...

LEONI. (Soltando á Teresa.) Bien está.

LAVILLA. (Tomando por la mano á Teresa y presentándosela á Leoni.) Scipion Leoni, te otorgo la mano de mi pupila.

LEONI. Lo agradezco infinito; pero no me conviene. (¡Casarme yo... ya... ya!)

LAVILLA. ¿Cómo no?

LEONI. Yo me entiendo tambien.

TERESA. ¡Gracias á Dios que han llegado á entenderse!

PLÁCIDO. Hermanita, ya solo falta que nos entendamos nosotros dos.

TERESA. Por mi parte no hay inconveniente. (Le ofrece su mano.)

PLÁCIDO. (Tomándola con efusion.) ¡Entendido!

LAVILLA. ¿Qué significa esto?

PLÁCIDO. Que ahorco los hábitos.

TERESA. Que me caso con vuestro primo...

LEONI. Y que pierdes la herencia...

LAVILLA. Poco á poco: yo no consentiré nunca...

PLÁCIDO. (Amenazándole con la espada.) ¿Volvemos á empezar?

LAVILLA. ¡No, hombre, no: consiento, consiento!... (¡Este chico

es una furia!... ¡Al fin, de mi familia!...)

MUSICA.

PLÁCIDO. (Al público.) Á los padres maestros
ruega el novicio,
que humanos le perdonen
sus desatinos.
Temple mi afan
esta reverendísima
comunidad.

TODOS. Temple su afan
esta reverendísima
comunidad.

FIN.

Habiendo examinado esta carzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si el protagonista no viste hábito religioso.
Madrid 25 *de Abril de* 1864.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

Por el Ministerio de la Gobernacion, se comunicó con fecha 5 del actual, la Real órden siguiente:

«La Reina (q. D. g.), de conformidad del jurado especial, nombrado para decidir la apelacion entablada por don Antonio Mencía, contra el fallo del censor de teatros, relativo á la Zarzuela: «*El Novicio,*» se ha dignado *autorizar* la representacion de dicha obra, *sin que para ella sirva de inconveniente, el que su protagonista vista hábito religioso.* De Real órden comunica por el señor Ministro de la Gobernacion, lo digo á V. E. para los efectos correspondientes.»

Lo comunico á V. para su inteligencia y demas efectos procedentes.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid 22 de Setiembre de 1864.—P. D.—Juan Alonso.—Señor representante del teatro de la Zarzuela.

59605360